

Meditación 4

**La luz que  
nos hace ver**

**LA LUZ**



P. Juan Jaime Escobar Valencia, Sch. P.

“

Ese hombre que se llama Jesús hizo barro,  
me lo untó en los ojos  
y me dijo que fuera a lavarme a la alberca de Siloé.  
Fui, me lavé y vi».

(Juan 9, 11).

**H**ace miles de millones de años todo comenzó con un punto de luz y, a partir de ese punto de luz todo fue surgiendo, todo se llenó de belleza y esplendor, de grandeza y expansión, y, luego, de vida, pensamiento y humanidad. Tal vez como todo comenzó con la luz, y quizá también porque la luz es la única constante que permanece en este nuestro cosmos inmenso y apasionante, es por lo que buscamos la luz con una especie de fototropismo existencial. Desde niños nos atemoriza la oscuridad y nos da paz y tranquilidad la luz. La noche se nos hace espesa y difícil cuando se alarga, y el día, en cambio, nos alegra cuando despunta y resplandece. ¡Cuánto temor habría en los rostros y en los corazones de las gentes en aquellos tiempos en los que aún no se sabía por qué algunas noches se alargaban y algunos días tardaban en amanecer! ¡Cuánta impaciencia habrían de sentir aquellos que vigilaban la noche y miraban y miraban el horizonte aguardando ansiosos el resurgir de la luz, la victoria del día sobre la noche! Hay un salmo de La Biblia que compara el ansia por ver a Dios, con el ansia que el centinela tiene de ver la luz del amanecer:

**«Aguardo al Señor, como el centinela la aurora.  
Espere Israel al Señor, como el centinela espera la aurora».**

**(Salmo 130 — 129 – 6 - 7a).**

La luz es la condición de posibilidad de nuestro cosmos. Todo lo que somos y todo lo que nos rodea, está hecho del mismo material que están hechas las millones y millones de estrellas que alumbran nuestro universo. Todo es obra de la luz. Todo es visible gracias a la luz. Todo es cognoscible por la luz. Y hasta nuestra mente y nuestro espíritu son luz que conoce y resplandece. No es casualidad que el bello relato poético del libro del Génesis comience justamente con el milagro de la luz que rompe la oscuridad y el caos primordiales: «Y dijo Dios: “que sea la luz”. Y la luz fue. Y vio Dios que la luz era buena; y separó Dios la luz de la tiniebla; y llamó Dios a la luz “día”, y a la tiniebla “noche”. Pasó una tarde, pasó una mañana: el día primero.» (Génesis 1, 3-5). Sí, el principio de todo, el día primero de todo lo que es, es la luz. Por eso la anhelamos tanto, la necesitamos tanto, la buscamos tanto. Porque sin luz nada somos, sin luz nada es.

Una luz encendida en lo profundo del bosque nos habla de alguien que habita allí. Una luz que una madre deja encendida a la entrada de la casa es el signo del amor que aguarda la llegada del hijo que ha de venir tarde en la noche. Una luz tenue alumbrando la habitación de un chiquillo, es la forma como conjuramos sus temores infantiles y como le ofrecemos al pequeño la promesa de permanecer velando su sueño toda la noche. La luz que ilumina los libros del pensador o del escritor y la luz encendida en el laboratorio del científico, son signo de la razón y el espíritu humano que no descansan en su búsqueda de esa otra luz que es la verdad. Y nuestros instrumentos más sofisticados apuntando a lo profundo del cielo para buscar más luz, con el deseo de entender toda la historia y todas las posibilidades y los confines mismos de la luz, son prueba de nuestra sed de luz. Somos como mariposas nocturnas atraídas por la luz, girando y girando como locas alrededor de la luz, queriendo incluso tocarla, aunque tocándola se nos queman las alas. Porque tenemos una profunda nostalgia de la luz, de toda luz.

Vemos a la luz y leemos a la luz y pensamos a la luz, a la luz de algo que creemos que nos da luz. Consideramos luz todo aquello que nos ilumina nuestro ver, nuestro leer, nuestro pensar y, por esto mismo, nuestro existir. El problema es que tenemos la capacidad de convertir en luz, luces que no son luz. En estos días de crisis, de reclusión y confinamiento, en los cuales hemos tenido que abandonar montones de realidades que creíamos importantes, fundamentales y luminosas, nos podemos dar cuenta de que esas luces no eran tan luz. Ni nuestras comodidades ni nuestro mundo del bienestar ni nuestro dinero que no puede vencer esto que ahora nos aflige, ni nuestras ideologías ni el esplendor de nuestra arrogante sociedad del siglo XXI que creía bastarse a sí misma, han resultado ser suficiente luz. Tal vez hasta creíamos ver sin realmente ver. No veíamos el dolor del planeta que agonizaba. No veíamos el daño que nos hacíamos con el tipo de mundo consumista y depredador que nos inventamos. No veíamos la postración moral y espiritual en la que estábamos sumiendo nuestra sociedad en nombre de una pretendida libertad sin límites ni escrúpulos. No veíamos la tragedia interior que causábamos en nuestros niños y jóvenes destruyéndoles su núcleo familiar, arruinándolo con violencias, engaños, infidelidades y rupturas. No veíamos las soledades inmensas que se escondían detrás de las miles de aparentes amistades en redes sociales, detrás de esas pantallas paradójicamente luminosas que apagaban los

encuentros reales, las presencias reales, los amores reales. No veíamos la tristeza y el hundimiento humano que se agazapaba debajo de los placeres sensuales y de las mil substancias para huir de la realidad, que vendía este mundo estridente. No veíamos el sufrimiento de muchos sufrientes ni la pobreza de muchos pobres ni el drama de muchas mujeres golpeadas ni las lágrimas de muchos niños usados ni las consecuencias de tanta violencia y agresividad ni las implicaciones de tanta ideología fundada en el rencor y el resentimiento. No veíamos. Pero creíamos ver, creíamos ver a la luz de nuestras lámparas oscuras. Nos lo han tenido que apagar casi todo, para tal vez ahora, volver a buscar la luz donde realmente está la luz.

Había un hombre ciego de nacimiento, un hombre cuya vida, toda ella, había sido oscuridad. Anhelaba la luz como todos; pero a diferencia de todos, no sabía ni siquiera a qué sabía la luz, ni cómo se sentía la luz, ni como se veía la luz. Y, entonces, Aquél que es la luz del mundo, le creó con barro de la tierra y con el resplandor de su Espíritu, la posibilidad de la mirada. Se lavó de penas y culpas en la alberca de Siloé y todo se le llenó de luz. Entró la luz hasta los confines de su ser y, a partir de un primer punto de luz, sintió que todo un cosmos luminoso lo llenaba como jamás creyó ser llenado. Lo expulsaron y rechazaron los que creen que su oscuridad y sus tinieblas pueden dar luz, y el aprovechó ese aparente revés, para aferrarse a ese tal Jesús que lo alzó a la contemplación de todos los resplandores de luz. Dejó atrás la oscuridad y se unió a la luz, a la luz que es la verdad, a la luz que es la belleza, a la luz que es la bondad, a la luz que es espíritu y vida, a la luz del interior más interior del propio interior, a la luz del Cristo que nos permite contemplar la luz de Dios.

Estos días son un gran desafío para el espíritu humano. Las noticias no son luminosas. Las decisiones que de día en día toman nuestros gobernantes presionados por circunstancias incontrolables, son aún menos halagüeñas. Nubes oscuras se ciernen sobre la economía mundial y tememos por el abastecimiento y por nuestras empresas y por nuestros empleos y por nuestro futuro. Lo que al principio fue visto como una enfermedad exótica que atacaba a una minoría de ancianos en tierras lejanas, es hoy una amenaza oscura a las puertas de nuestras ciudades. No sabemos cuándo volverá la luz de lo que llamábamos nuestra vida normal. Pues bien, justo en

momentos como éste, tenemos la oportunidad de redescubrir nuestra más auténtica luz, la que Dios puso en nuestro interior, la que enciende no sólo nuestras mentes, sino, sobre todo, nuestros espíritus. En esta hora oscura volvámonos hacia lo más profundo de nuestro interior para tocar el punto de luz donde habita nuestro principio y nuestro fundamento, ese punto de luz del que surge el milagro de nuestro ser, la maravilla de nuestra vida, la genialidad de nuestra inteligencia, la ternura de nuestro amor, la capacidad de concebir —aún en medio de dudas— la posibilidad de Dios. No nos hundamos en el miedo, la amargura o la zozobra. Dentro de nosotros habita una luz más resplandeciente que la luz de todas las galaxias posibles. A esa luz nos aferramos ahora, porque es la luz que en medio del bosque umbrío nos habla de una presencia, porque es la luz que nos ha dejado el amor para llegar a salvo a casa, porque es la luz que el Padre nos ha dejado encendida para disipar las penas y los temores de la noche. Vayamos a la luz interior, esa luz que nos permite ver la otra luz, la definitiva luz, la luz que jamás se apaga. Y a la luz de esa luz —cuando superemos esta prueba—, hagamos un mundo mejor.



Señor, Tú socorres a hombres y animales,  
¡qué inapreciable es tu fidelidad, oh Dios!  
Los humanos se acogen a la sombra de tus alas,  
se nutren de los manjares de tu casa,  
beben del torrente de tus delicias.  
Porque en Ti está la fuente viva  
y tu luz nos hace ver la luz.»

(Salmo 36 —35– 7c-10).



®

Orden Religiosa de las Escuelas Pías

**ESCOLAPIOS NAZARET**

"Educación en Piedad y Letras"